RESEÑAS

Hugo Zemelman, *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana*, 2007, Barcelona, ANTHROPOS, 271 p.

Mediante la metáfora benjaminiana ‘el ángel de la historia’, nos expone Zemelman un conjunto de ideas para un programa de Humanidades y nos muestra la necesidad contemporánea del ‘rescate’ del sujeto. El sociólogo Hugo Zemelman, profesor investigador en el Colegio de México hasta el 2004, actual director del Instituto Pensamiento y Cultura en América Latina (IPECAL), presenta este texto como una invitación al ejercicio del pensamiento autónomo, una defensa de las capacidades y potencialidades del sujeto, a la vez que una demanda a los seres humanos para que asuman el desafío de ser partícipes activos de la propia historia. Con una mirada contundente, sólida y profunda, el autor articula una constelación temática en torno a la recuperación del ‘sujeto’ como la vía para que éste se contemple en todas las posibilidades de ser, a partir de la articulación historia-existencia.

Chileno de nacimiento y con residencia en México desde 1973, Zemelman construye su argumento a partir de la historia y del papel del hombre en ella, así como de la reflexión en torno a la existencia como posibilidad vinculada a la *potencialidad*; es decir, la realidad humana como *externalidad*, que es siempre un ‘dándose’, un proceso de constitución de un sujeto que está siempre ‘siendo’.

Ahora bien, la existencia del hombre como ser-siendo se corresponde con ese complejo y no siempre comprendido espacio de indeterminaciones en el que tiene cabida la acción constructora del hombre. Esta obra se construye como la expresión de formulaciones posibles que caracterizan la capacidad del sujeto para desplegar su ‘siendo’ en el contexto de realidades siempre en proceso de cambio. Dichas formulaciones traducen la noción de autonomía que acompaña al sujeto en ‘autonomía circunstancial’. Es decir, la idea de autonomía y construcción serán dos consecuencias temáticas que el autor

retoma para corresponderlas con valores que den cuenta de lo humano sin agotarlo en la conformación de sus determinaciones sociales. En la medida en que el sujeto está desenvolviéndose en la historia, el binomio sujeto-historia es lo únicamente historizable, como aquello que a su vez amplía la subjetividad.

El problema que enfrenta el autor en esta obra es la dificultad de hablar de ‘alternativas’ para la ‘resubjetivización’ del sujeto como una idea conducente a potenciar al individuo desde sus condicionamientos. La dificultad primaria de hablar de la humanidad del hombre es hacerlo desde la humanidad misma que subyace a su historia, una historia recargada por las capacidades tecnológicas, que oculta la diversidad de propuestas subjetivizadoras alternas. De aquí la idea del ‘rescate del sujeto’: fortalecer al hombre que se oculta detrás de los atributos del desarrollo civilizatorio, cuidando de no reducirlo al cumplimiento de los papeles que la misma ‘civilidad’ le impone. Desarrollar la *potencialidad* desde la subjetividad misma es superar los códigos de la información y del comportamiento para contestar a la pregunta, ¿cómo hacer del hombre más hombre? La respuesta se encuentra en la capacidad para reconocer en sí mismo, desde sí, sus posibilidades, a partir de lo que es y puede ser según las circunstancias contextuales.

La primer afirmación desarrollada por Zemelman en este texto es que la condición humana nunca es un objeto final debido a que siempre es una construcción. Por eso la reflexión sobre ella se corresponde con un pensar desde ella. A su vez este *proceso metodológico* de ‘pensar desde ella’ la convierte en espacio de posibilidades en cuanto que se le reconoce como tensión entre lo deontológico y la facticidad de la conducta en cuyo espacio tienen presencia las formas de la potenciación. La alternativa de ‘resubjetivización’ está en la historia, que no es otra cosa sino una cuerda tensa entre lo afirmado del ser del hombre (el deber-ser) y el siendo (facticidad cotidiana de la condición humana). Estas potenciaciones son pensadas por el autor como modos de pensamientos acumulados a lo largo de la historia. Su propuesta nos remite, por ejemplo, a la literatura kafkiana, la cual le da el derecho, desde que asume lo negativo de su época, no a combatir, sino a representar. Las imágenes de la historia nos muestran el ser del hombre; no se concretan a la descripción de acontecimientos y lugares.

Se trata entonces de *volver* a tejer desde lo cotidiano la urdimbre de fuerzas opuestas, apolíneas y dionisiacas, que hacen al hombre. Todo esto puede resumirse en la idea de la función epistémica del humanismo: una

fuerza interior del sujeto que se opone a las circunstancias; al desenvolvimiento subjetivo frente a la historia como objetivación; al estar colocado como negación de los condicionamientos que modelan nuestras percepciones y modos de ser; al actuar y reaccionar en choque con las limitaciones, lo cual lleva a pensar la vida como voluntad de liberación. Este pensamiento no es otra cosa sino el develamiento del hombre como constructor de realidades que se definen en el constante rompimiento de lo que es por lo que ha llegado a ser, pero también por lo que no alcanzó a ser; rompimiento donde se manifiesta la condición incompleta del hombre, siendo lo propio de sí su mortalidad, como fluir de instantes; el hombre como construcción manifiesta su disposición para conformar ámbitos en los que alcanzar su identidad.

La propuesta de Zemelman se remite, entonces, al programa planteado por Nietzsche: la necesidad de trascender los absolutos asociados a verdades, a afirmaciones de seguridad o de estabilidad, como principio para un pensamiento alternativo o potencial para el rescate del sujeto. Vencer el miedo a la inminencia de lo inesperado. Afrontar la precariedad. Para ello, se requiere de un razonamiento sobre las dinámicas del sujeto que las articule con las propias del contexto y poder regular un espacio de convergencia. Por esto, se busca reforzar la capacidad de mirar y de significar para crear nuevas circunstancias, yendo más allá de la angustia que nace de la precariedad de la existencia, de la condición de seres de cada día. Se pretende transformar las verdades en un misterio que siempre estará más allá.

Aquí, el tema del 'lenguaje' toma un papel preponderante dentro del argumento. El lenguaje es, para Zemelman, una presencia conformadora de posibilidades, ya que juega las veces de ser 'metáfora', esto es, *sugerencia* desde donde se dice, pero a la vez se calla y oculta lo 'más allá', la condición de misterio que hace posible la alternativa constitutiva en el hombre. Esta es una marcada dualidad propia del lenguaje, expresada por el autor como la distinción entre signo (lo que se dice) y símbolo (lo que representa, lo que se calla, lo que sugiere y evoca). A partir de este planteamiento, el lenguaje será, como conocimiento articulador del mundo, un desvincularse de los valores que alimentan la incapacidad de reconocer opciones.

El trabajo se compone de dos partes: una central y primera. Es una discusión de lo que es el sujeto en los tiempos contemporáneos y abarca, a su vez tres trabajos: I. "La forma del discurso y el problema de la recolocación del sujeto"; II. "La potencia como forma de decir"; y, III. "Determinación y construcción. En torno a la capacidad para ser autónomos". Una segunda

RESEÑAS

y complementaria, es decir, el planteamiento de cómo se gesta la posibilidad de alternativas para el rescate del sujeto. Esta parte posterior incluye los trabajos: IV. “Potenciación y psicología”; V. “El lenguaje como práctica de liberación”; y, finalmente, la conclusión. El trabajo VI que no es sino la síntesis de la discusión de las partes anteriores, intitulado “La autonomía como construcción del sujeto”.

Es una obra que, en espíritu, fue escrita a la manera de ‘alegato a la esperanza’ de reposicionar al sujeto autónomo y su pensamiento; de trascender creativamente la condición precaria humana subsumida en el individualismo y en la melancolía del pasado, y de abrir la posibilidad de ampliar horizontes de perspectiva de futuro, voluntad de ser. El hombre como esperanza.

B. MARIANA MÉNDEZ GALLARDO

Departamento Académico de

Estudios Generales, ITAM